

LISTERIN PARA EL MAL ALIENTO

CAPITULO UNO

¡Qué difícil es hablar frente a frente con una persona con “mal aliento”!

Vemos y oímos a través de los medios de comunicación diversidad de mecanismos que podríamos utilizar para evitar tan desagradable situación. Las compañías de pastas y cepillos dentales, en conjunto con los médicos que tienen que ver con la dentición, nos ofrecen a diario un sinnúmero de estos mecanismos. Enjuagados bucales, cepillos especiales, pastas dentales apropiadas, las visitas al dentista para la rutinaria limpieza. Hay infinidad de artículos mentolados, que se ofrecen para mantener buen aliento, aunque sea temporalmente. ¡No nos quedamos sin hacer algo por ello!

Y si la persona que tiene el tal problema es alguien a quién amamos, se lo decimos, y hacemos hasta lo imposible para ayudarla a trabajar con su situación.

El mal aliento viene por diferentes condiciones. Podría ser por algún problema dental, como por algún problema estomacal. Bueno, lo importante es tener las herramientas necesarias para combatir el mismo.

Hay un tipo de “mal aliento” que no viene por causas físicas, sino por causas espirituales o emocionales. Proviene de problemas con el alma. En algunos casos, éste “mal aliento”, se le puede llamar, depresión, desánimo, angustia, aflicción, tristeza, dolor, agonía. Como usted lo quiera llamar. Este “mal aliento”, no lo sanamos con ir al dentista, o al gastroenterólogo. Muchas son las personas que van a los siquiátras y sicólogos tratando de hallar el tratamiento efectivo para el mismo, pero desgraciadamente no lo encuentran. Es entonces, cuando se lanzan al alcohol, las drogas, y toda clase de vicios e inmundicias, para tener sanidad, y lo que hacen es hundirse más en la desesperación.

En el Salmo 40 David hace una alabanza a Dios por la liberación que dio a su vida. La persecución era tan fuerte que ya no tenía fuerzas para seguir las batallas a las que se enfrentaba, tanto física como emocional. Sin embargo, el “dulce cantor de Israel”, sabía que Dios estaba de su lado y a su lado. En este salmo, el dice: “Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor, y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Verán esto muchos, temerán, y confiarán en Jehová” (Salmo 40:1-3).

En medio de esta angustiosa situación, David pudo confiar en Dios, aún más de lo que ya lo hacía. Por eso al final de este cántico de liberación pudo decir: “Gócense y alégrense en ti todos los que te buscan, y digan siempre los que aman tu salvación:

Jehová sea enaltecido. Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará en mí. Mi ayuda y mi libertador eres tú; Dios mío, no te tardes” (Salmo 40:16-17).

“A principios de año tuve una experiencia sumamente especial, de parte de Dios. Estaba yo pasando por una gran angustia, algo que me quitaba las fuerzas espirituales, emocionales y físicas, casi no podía ni moverme, por el dolor en todos mis huesos. Había estado pidiendo al Señor una experiencia especial para poder recuperar mis fuerzas. Esa noche fui al culto, me fui directa al altar, pero las dolencias no me dejaban mantenerme en el altar. Me levanté, me fui al banco y allí me mantuve en meditación. Se hizo un llamado al frente y luego de una gran, lucha con mis dolencias emocionales y físicas, pasé al frente. Me mantuve alejada del bullicio, en meditación al Señor.

¡OH, GLORIOSA PRESENCENCIA DE DIOS! Allí estaba mi cuerpo, como cortado por el dolor, cuando de repente, se paró a mi lado derecho un personaje especial. Su mano izquierda la puso en mi espalda, y su derecha la extendió hacia delante. Yo sentía que el oraba, y las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos. Deseaba mirar a ese personaje, pero no podía mover mi cabeza hacia donde él estaba, solo podía llorar. El dolor fue desapareciendo, la presencia de Dios invadía mi corazón y más lloraba. ¡Qué momento tan glorioso!

Cuando terminó de orar por mí, extendió su brazo derecho hacia el frente y me mostró un gentío, muchos de ellos encorvados por el peso de las cargas que llevaban en sus almas. Habló a mi corazón, y me hizo ver que deseaba yo ministrara a vidas agobiadas, pero enferma no podía. Luego me mostró un hermoso altar, donde me vi sentada. ¡QUÉ GLORIOSO ENCUENTRO! Doy gloria y honra a Dios, por amarme tanto”.

Confiar en el Señor, es el centro de toda alma viviente. Muchas veces, y cuando más necesitamos del consuelo de un amigo, es cuando todos nos dan la espalda. Sin embargo, nuestro Dios todopoderoso, siempre estará de nuestro lado.

Volviendo al Salmo de David, nos dice él: “Bienaventurado el hombre que puso en Jehová su confianza, y no mira a los soberbios, ni a los que se desvían tras la mentira” (Salmo 40:4). Cuando estamos en angustia, sentimos que se nos cierran todas las puertas. Hay veces en que caemos en una depresión tan grande, que lo que deseamos es encerrarnos en nuestra casa y no salir a ninguna parte, no hacer nada por nosotros mismos, y es cuando el enemigo se aprovecha para oprimirnos, al punto de que muchos se quitan la vida. Son muchas las tentaciones que nos pone el enemigo cuando estamos deprimidos, pero nuestro deber es confiar en que Dios nos dará la liberación.

Cuando leemos el Salmo 38, podemos ver cual fue la experiencia de un hombre con una gran depresión: David hacia oración a Jehová, estaba hastiado por como se sentía, dice él: “Hieden y supuran mis llagas, a causa de mi locura. Estoy encorvado, estoy humillado en gran manera, ando enlutado todo el día. Porque mis lomos están llenos de ardor, y nada hay sano en mi carne. Estoy debilitado y molido en gran manera; gimo a causa de la conmoción de mi corazón” (Salmo 38:3-8).

Hace algunos años, y todavía sucede escuché a un pastor decir que cuando un creyente está deprimido, es porque tiene un espíritu malo. Este varón de Dios, cataloga la depresión como una opresión diabólica. Sin embargo cuando buscamos el significado de estas dos palabras en un diccionario encontraremos que tiene significado diferente. La depresión es “Estado patológico caracterizado por una tristeza profunda e inmotivada”, la opresión viene del verbo oprimir y significa “Gobernar tiránicamente”. Claro está que debido a una depresión, una persona, si no tiene cuidado de buscar a Dios muy de cerca, se corre el riesgo de caer en la opresión del tirano de los tiranos, Satanás. Me preocupó mucho la actitud de aquel varón, pues me di cuenta en aquel momento que no estaba preparado para trabajar con personas con estas dificultades, pues todo lo veía demoníaco.

Me di a la tarea de buscar y leer información sobre lo que es la depresión. Uno de esos libros que leí se titula “Como vencer la depresión”, escrito por el Hno. Tim Lahaye. Verdaderamente aprendí muchísimas cosas, beneficiosas tanto para mi, como para poder ayudar a aquellos que se sienten tristes.

¿Cómo usted le respondería a una mujer, que está deprimida, casi en depresión mayor, por la pérdida de un hijo, del esposo, por los problemas en el hogar? ¿Le diría usted que está oprimida por un demonio, o vería el lado clínico del asunto, juntamente con el lado emocional y espiritual? ¿Cómo le respondería usted a un hombre que perdió su trabajo, casi pierde su casa porque no puede pagarla, no tiene suficiente dinero para alimentar a su esposa y sus cinco hijos? ¿Cómo le respondería a un hombre, a quién se le quemó su casa con toda su familia en ella, o qué mientras trabajaba, el ladrón entró a la casa y los mató a todos?

Démosle un vistazo a Job. En los primeros tres capítulos nos relata de la forma y manera en que Job perdió todos sus bienes incluyendo a sus hijos. En el capítulo 3 de ese libro, nos dice que Job, aún hasta maldijo el día en que nació: “Perezca el día en que yo nací, y la noche en que se dijo: Varón es concebido. Sea aquel día sombrío y no cuide de él Dios desde arriba, ni claridad sobre el resplandezca” (Job 3:3-4). Job sigue lamentando su situación, y dice: “¿Por qué no morí yo en la matriz, o expiré al salir del vientre? (3:11). Quiero aclararte, lector, que esta actitud de Job no fue racional, pero si fue la de un hombre en una extremada angustia. Sin embargo, la Biblia nos dice lo que era Job para Dios: “Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi **siervo** Job, que **no hay** otro como él en la tierra, varón **perfecto** y **recto , temeroso** de Dios y **apartado del mal**” (Job 1:8). Observa con detenimiento los atributos que el mismo Dios le da a Job. Era un hombre de gran estima a los ojos de Dios. Sin embargo vino la calamidad y en medio de su angustia se quejó, y hasta cometió el error de quejarse contra Dios, ¿por qué? ¿quién podrá cuestionarle al Señor lo que él hace? El es soberano. Muchas fueron las palabras de amargura del varón perfecto. Muchas fueron las quejas que Dios en silencio y con mucho respeto escuchó de su siervo., pero no solo a Job, escuchó Jehová. También escuchó las palabras, sin sabiduría, sin discernimiento, o sin compasión que profirieron aquellos que se decían ser sus amigos.

El dedo acusador estaba en ellos; como muchas veces también tú y yo lo utilizamos, sin antes orar y preguntar al Señor, por qué la aflicción de mi hermano, y como puedo ayudarlo. ¡Gracias a Dios por Jesucristo, quién no importa lo perverso o desobedientes que seamos, siempre nos defiende! Cuanto más si queriendo hacer la voluntad de Dios somos vituperados y perseguidos.

El apóstol Pablo fue ejemplo de un hombre que, dentro de su angustia y las persecuciones a las que fue sometido, pudo decir: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? (Rom. 8:33-35)

Como David, Pablo hace un cántico de liberación en estas palabras. Ambos siervos del Señor, en épocas tan remotas la una de la otra, habían experimentado el poderoso amor de Dios. Ambos varones, perseguidos por su propio pueblo, todo por la envidia y los celos, pero ambos confiaban que la poderosa mano del Señor, les habría de dar liberación de las aflicciones. En el Salmo 119:143, David clamó a Jehová y le dijo: “Aflicción y angustia se han apoderado de mí”. Aunque había muchos alrededor del rey, no tenía consuelo para su aflicción y se consoló en los mandamientos de Jehová: “Mas tus mandamientos fueron mi delicia”.

CAPITULO DOS

Te mencioné a tres hombres que dieron su vida al servicio de Dios, que fueron reconocidos por el mismo Dios como varones perfectos. Sin embargo, hubo un momento dado en la vida de estos, que la aflicción los agobió, pero se mantuvieron esperando en la liberación de Jehová. Al ver como sufrieron y cual fue la conclusión en sus vidas, ¿no nos da eso, aliento para consagrarnos más a Dios y fortalecernos en El? Claro que sí. Veamos: “Así reinó David hijo de Isaí sobre todo Israel. El tiempo que reinó sobre Israel fue cuarenta años. Siete años reinó en Hebrón, y treinta y tres años reinó en Jerusalén. Y murió en buena vejez, lleno de días, de riquezas y de gloria; y reinó en su lugar Salomón su hijo” (1 Crónicas 29:26-28).

En cuanto a Job, en la Biblia podemos leer lo siguiente: “Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job. Y vinieron a él todos sus hermanos y todas sus hermanas, y todos los que antes le habían conocido, y comieron con él pan en su casa, y se condolieron de él, y le consolaron de todo aquel mal que Jehová había traído sobre él; y cada uno de ellos le dio una pieza de moneda y un anillo de oro. Y bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero; porque tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas, y tuvo siete hijos y tres hijas” (Job 42:10-13).

Pablo, también habló de las bendiciones que recibió de Dios y sobre todo lo que le espera al fin de su carrera: “Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Timoteo 1:12).

La aflicción no nos debe separar de Dios; en medio de ella debemos acercarnos más a El, para poder soportarla. Cada vez que somos afligidos por algo, es propósito de Dios. Es solo que no debemos dar lugar al diablo, para que nos lleve a las opresiones. Cuando llegamos a ese punto, las cosas son difíciles. Las aflicciones nos ayudan a crecer en el Señor. Solo tenemos que aprender ciertos detalles:

Las aflicciones son ordenadas por Dios

“Porque la aflicción no sale del polvo, ni la molestia brota de la tierra. Pero como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción. Ciertamente yo buscaría a Dios, y encomendaría a él mi causa” (Job 5:6-8).

Las aflicciones manifiestan el amor y la fidelidad de Dios

“Reconoce asimismo en tu corazón, que como castiga el hombre a su hijo, así Jehová tu Dios te castiga” (Deuteronomio 5:8).

Cuando mencionamos la palabra castigo, pensamos en cosas tales como, azotes, cárcel, torturas y cosas como estas; pero la realidad, es que este no es el castigo al que se refiere a la disciplina que como a hijos, Dios nos da. Debemos dar un vistazo a lo que nos dice el escritor del libro a los Hebreos, “...y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige; diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina y azota a todo el que recibe por hijo” (Hebreos 12:5-6). Por medio de la aflicción somos disciplinados. Es por lo tanto, que no debemos enredarnos tanto en la aflicción, que no podamos entender los propósitos de Dios para nuestra vida. Nuestras tribulaciones no irán más allá de nuestras fuerzas. El apóstol Pablo dice: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

CAPITULO TRES

Ahora bien, estamos en aflicción, el Señor nos promete, no nos dejará caer. Nosotros tenemos algo que hacer al respecto, y eso no es sentarnos a lamentarnos y dejar que el diablo tome el control. Nuestra responsabilidad es orar.

Para que Dios considere nuestra angustia

Exequias oró cuando Senaquerib invade a Judá. “Y oró Exequias delante de Jehová diciendo, Jehová Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste el cielo y la tierra. Inclina, oh Jehová, tú oído, y oye; abre, oh Jehová, tus ojos, y mira; y oye las palabras de Senaquerib, que ha enviado a blasfemar al Dios viviente...Ahora, pues, oh Jehová Dios nuestro, sálvanos, te ruego, de su mano, para que sepan todos los reinos de la tierra que sólo tú, Jehová, eres Dios” (2 Reyes 19:15-16; 19).

David dio gracias a Dios por su justicia: “Ten misericordia de mí, Jehová; mira mi aflicción que padezco a causa de los que me aborrecen, tú que me levantas de las puertas de la muerte, para que cuente yo todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion, y me goce en tu salvación” (Salmo 9:13-14).

Por la presencia y el apoyo de Dios.

“¿Por qué estás lejos, oh Jehová, y te escondes en el tiempo de la tribulación? (Salmo 10:1).

“No escondas de mí tu rostro en el día de mi angustia; inclina a mí tu oído; apresúrate a responderme el día que te invocare” (Salmo 102:2).

Amado, sin la presencia de Dios en nuestra vida, jamás podremos soportar las tribulaciones, o las angustias. De nada nos sirve buscar ayuda, fuera del Señor. El apóstol Pedro nos dice:...”echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7).

Para que no se separe el Espíritu Santo

¡Cuán amargo fue para David el haber pecado contra Dios! Ya su aliento estaba por el suelo. Las angustias lo arropaban por completo. Ya no sentía la presencia de Dios como antes; así que alzando la voz clamó! “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto delante de mí. No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu” (Salmo 51:15-16).

Por el consuelo divino

No dudamos que hay siervos del Señor dotados de gran sabiduría para dar palabras de consuelo. Son necesarias estas vidas en la casa de Dios, y en todos lugares. Sin embargo, por más palabras hermosas que se nos digan, y por más textos bíblicos que nos lean, sino ponemos la causa en las manos de Dios, de nada nos servirán.

Por otro lado, cuando estamos en depresión corremos al psicólogo y al siquiatra. Nos envolvemos en sus diagnósticos, nos llenan de píldoras y medicamentos, pero al final, ¿qué aprendemos de esto? Muy poco. Solo Dios, puede entrar a lo más profundo del corazón del hombre y trabajar directamente en lo que nos está afectando. En su

oración vespertina de confianza en Dios, David dice: “Muchos son los que dicen: ¿Quién nos mostrará el bien? Alza sobre nosotros, oh Jehová, la luz de tu rostro” (Sal 4:6)

Para que se mitigue el sufrir

Cuando tenemos sed, bebemos agua. Cuando tenemos hambre, comemos. Jesús dijo en el Sermón del Monte: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6). En el Salmo 39, David habla sobre el carácter transitorio de la vida. Aunque él no quería hablar, llegó el momento en que ya no pudo más y así profirió con su lengua (v.3). En medio de su angustia clamó a Jehová: “Oye mi oración, oh Jehová, y escucha mi clamor. No calles ante mis lágrimas; porque forastero soy para ti, y advenedizo, como todos mis padres. Déjame, y tomaré fuerzas, antes que vaya y perezca” (Salmo 39:12-13).

Para ser librados

¡Nada más grande y hermoso que la libertad! Las naciones hacen guerras las unas con otras buscando la paz, sin embargo, solo se causa devastación entre los pueblos. Aun buscando libertad espiritual, los hombres hacen diversidad de rituales, que a la larga solo los sumergen más en la angustia.

Jesús nos dio la salvación para hallar esa libertad que el hombre necesita. El dice: “...y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32). Ahora bien, preguntamos: ¿cuál es esa verdad que nos hace libres? Jesús dice: “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36).

David necesitaba ser libertado de angustias. En el Salmo 25 él, eleva un clamor a Jehová, implorando dirección, perdón y protección. En el verso 17 dice: “Las angustias de mi corazón se han aumentado; sácame de mis congojas”. Le pide al Señor que lo redima de todas sus angustias (v.22).

Para ser perdonados por el pecado y librados de él

No siempre que estamos en angustia es porque hayamos pecado, pero hay veces que nos llegan por ese hecho.

Cuando Dios escogió a David para ser rey; le dijo a Samuel: “...un varón conforme a su corazón” (1 Samuel 13:14). Ser conforme al corazón de Dios, es decir que era perfecto, ante la presencia de Dios. David era un joven humilde y sumiso a la voz de Dios. Como cualquier hombre de la tierra, también tenía sus debilidades, y estaba al tanto de que había ofendido a Dios, pero rogó al Señor, y le dijo: “Líbrame de todas mis transgresiones; no me pongas por escarnio del insensato” (Salmo 39:8). Y en el Salmo 51, después de su pecado de adulterio con Betzabé, y que el profeta Natán le trajera el mensaje de Dios, David clamó: “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tus misericordias; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones” (51:1).

Es necesario confesar nuestro pecado al Señor, en caso de que las angustias que nos lleguen sean por causa del pecado. Es por eso que Juan nos dice: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Una vez confesado nuestro pecado, seremos sanados de la aflicción.

Para ser tornados a Dios

Cuando estamos en depresión, o en angustia, nos sentimos separados del amor de Dios. “Nos ahogamos en un vaso de agua”. Es entonces, cuando debemos clamar a Dios para que nos ayude a tornarnos a él. Asaf necesitaba ser restaurado, juntamente con el pueblo. En el Salmo 80 hizo una súplica por la restauración. Pidió a Dios que los salvara. Al ser escarnecidos por los enemigos, él clamó: “Oh, Dios de los ejércitos, restáuranos; haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos” (Salmo 80:7).

Por el aumento de la fe

Por doquiera que vamos escuchamos a la gente decir “yo tengo fe”. Todo el mundo tiene fe en algo o en alguien, pero al momento de poner esa fe en marcha, fracasamos. La fe no es algo que se consigue en la farmacia, como un medicamento, o en el supermercado, como un alimento físico. Tener fe, es saber esperar con paciencia aquellas cosas que no son tangibles, ni visibles, y eso cuesta. Jesús y sus discípulos iban rumbo a Jerusalén y al pasar cerca de la higuera, fueron a buscar frutos y no había. Jesús la maldijo. A la mañana siguiente, al pasar por aquel lugar, fue grande la sorpresa de los discípulos al ver la higuera seca. Jesús les responde: “Tened fe en Dios. Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte; quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón será hecho lo que dice, lo que diga será hecho” (Mar. 11:22-23).

Hubo otra ocasión que fue necesaria la fe para libertar a un joven lunático (Mt. 17:14-21). En esta escena, Jesús nos enseña que nuestra fe no tiene tamaño, lo importante es tener fe. Mira como él dice: “Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuvieres fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible” (Mt. 17:20).

En medio de la angustia es posible que la fe nos falle. Le pasó a Job, le pasó a David, le pasó a Elías, pero tuvieron el valor de volverse a Dios. También le pasó a este padre del muchacho endemoniado o lunático y clamó a Jesús: “E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo; ayuda a mi incredulidad” (Mar. 9:24).

Por misericordia

En Lamentaciones 3:23-24, Jeremías nos dice que las misericordias de Dios son nuevas cada mañana. Al levantarnos todos los días, lo primero que debemos hacer es presentarnos a Dios y pedir que tenga misericordia de nosotros, y cada noche, y cada día darle gracias por estas.

Cuando estamos en angustia, nuestra tendencia es quejarnos por los males que nos han sobrevenido, y lo menos que hacemos es darle gracias a Dios por tener misericordia.

David estaba en pruebas y se sentía enfermo por ello. En el Salmo 6 hizo una oración pidiendo misericordia a Dios. Dijo él: “Ten misericordia de mi, oh Jehová, porque estoy enfermo; sáname, oh Jehová, porque mis huesos se estremecen” (Sal. 6:2).

Habacuc, también pide a Dios por misericordia. Ahora bien, examinemos la situación en que se encontraba el pueblo en esos momentos. Porque aquí aprenderemos que es mejor sufrir haciendo el bien que haciendo el mal.

Ya el pecado cometido por el pueblo de Israel había subido a la misma presencia de Dios, y Jehová había dictado sentencia condenatoria sobre ellos. Dios levantó a los caldeos como verdugos para castigar al pueblo de Israel. Habacuc protestó la decisión del Señor: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio; ¿por qué ves a los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío al más justo que él, y hacen que sean los hombres como los peces del mar, como reptiles que no tienen quien los gobierne? (Hab. 1:13-14). En capítulo 2 Jehová responde a Habacuc y le dice: “Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyera en ella.” (Hab. 2:2). Pero eso no quedó allí, Jehová le dijo a Habacuc: “He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá.” (Hab. 2:3). Con estas palabras Jehová consoló al profeta, pero no dejó sin efecto lo que ya había dispuesto para el pueblo de Israel. Habacuc pedía misericordia por el pueblo, a pesar de que no lo merecían.

Para recobrar el gozo

Cuando la aflicción llega a nuestra vida, sentimos que el gozo nos abandona. Nos sentimos sin esperanza, sin fuerzas para continuar. Es cuando necesitamos a alguien a nuestro lado que nos de “Listerin para el mal aliento”, necesitamos a ese doctor que nos diga de donde sale que lo causa, como podemos combatirlo. Lamentablemente, en ocasiones, en vez de darnos, la solución, mediante un buen “enjugado bucal”, nos recetan uno que nos destruye, es imposible de tolerarlo porque quema y no las impurezas, sino nuestra alma adolorida.

En casos como estos podríamos ir a la Palabra de Dios en Isaías 40:29-31). “El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán; y no se fatigarán.”

David, le dijo al Señor en el Salmo 51:12 “Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente.” Cuando dejamos que el gozo de la salvación se nos escape, comenzamos a sentir los estragos de las amarguras y aflicciones que nos sobrevienen. No somos infalibles a estas cosas. No estamos exentos de los ataques del maligno, pero con la ayuda que el Señor nos da y con el consuelo que podemos recibir de un amoroso pastor, líder, maestro, o un sencillo hermano, recibiremos vitalidad para seguir adelante.

Cuando Josué se preparaba para entrar a poseer la tierra prometida, el Señor tuvo una maravillosa conversación con él (capítulo 1). En el verso 9 de este capítulo 1, el Señor le dice: “Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente, no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que tu vayas.” Muchos años pasaron, grandes pruebas y aflicciones tuvo el pueblo de Dios, la mayor parte de ellas buscada por su desobediencia, pero el Señor los restauraba. Así lo vemos en los tiempos de Nehemías. Mientras reconstruía los muros, tuvieron oposición. En el capítulo 2:17, Nehemías le dice al pueblo: “Vosotros oís el mal en que estamos, que Jerusalén está desierta, y sus puertas consumidas por el fuego; venid, y edifiquemos el muro de Jerusalén, y no estemos más en oprobio.” ¿A cuántos nos gustaría tener líderes con la actitud de estos dos hombres? Ambos tan atentos a la voz de Dios que se esforzaron ellos, y esforzaron, con palabras de aliento al pueblo, para que trabajaran con gozo. Podríamos concluir esta parte de nuestro estudio, con aquellas palabras que Nehemías, les dijera al pueblo; “El gozo de Jehová es nuestra fortaleza.” (Neh. 8:10).

Por la protección y preservación de los ataques de los enemigos

Senaquerib rey de Asiria invadió a Judá en los días en que Exequias era rey. Exequias oyó la noticia y corrió al templo a buscar la dirección de Jehová. El envía a sus siervos a consultar con el varón de Dios (2 Re. 19:5). Recibida las palabras de aliento del profeta, el rey oró, delante de Dios. “Ahora, pues; Jehová Dios nuestro, sálvanos, te ruego, de su mano, para que sepan todos los reinos de la tierra que solo tú, Jehová, eres Dios.” (2 Re. 19:19). Aquella oración por protección divina fue contestada de inmediato.

El apóstol dice que es necesario que tengamos aflicciones para que nuestra fe sea probada como el oro (1 Pedro 1:7), pero podemos estar seguros que el Señor no nos dejará caer.

Para que sepamos la causa de nuestros padecimientos.

“Enséñame, y yo callaré; Hacedme entender en qué he errado.” (Job. 6:24)

“Diré a Dios: No me condenes; Hazme entender porqué contiendes conmigo (Job. 10:2)

“Cuántas iniquidades y pecados tengo yo? Hazme entender mi transgresión y mi pecado. Para qué escondes tu rostro, y no cuentas por tu enemigo?” (Job 13:23-24)

Cuando las aflicciones vienen a nuestra vida, se nos cierran los sentidos a tal extremo que no vemos de donde nos llegan. Job le dice al Señor, hazme entender de donde vienen. Al principio habíamos hablado de cómo Satanás se presentó a Dios, entre los demás ángeles y le pidió permiso a Dios para arrebatarse todas sus bendiciones. A Pedro, el Señor Jesús le advirtió que Satanás lo había pedido para zarandearlo, pero El había orado para que la fe no le faltara. Cuando nosotros luchamos por serle fiel a Dios, Satanás no pierde su tiempo en ponernos tropiezos. Pablo nos dice en Efesios 6:12: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.”

De allí provienen nuestras aflicciones. Si clamamos al Señor, El nos ayudará a descubrir esta verdad en nuestras vidas. Una cosa sí, debemos mantener en mente, que nuestra lucha no es en vano, que a su tiempo tendremos la recompensa. GLORIA A DIOS POR ELLO.

Para que se nos enseñe cuan incierta es la vida (Salmo 39:4)

“Hazme saber, Jehová mi fin, y cuánta sea la medida de mis días sepa yo cuan frágil soy.”

En las aflicciones aprendemos, que separados de Jesús, nada podemos hacer. El salmista dijo: “Enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría.” (Sal. 90:12)

Para ser vivificados (Sal. 143:11)

“Por tu nombre, oh Jehová, me vivificarás; por tu justicia sacarás mi alma de angustia.”

El nombre de Jesús, tiene gran poder, ¿sabías tu eso? Claro que sí, todos los que creemos en Jesús, lo sabemos. El nombre de Jesús es vida.

Muchas veces, nos sumimos en una gran desesperanza porque nos olvidamos de lo maravilloso que es pronunciar este gran nombre. El mencionar el nombre de Jesús nos da libertad, y nuestra alma es sacada de la cárcel donde esta cautiva debido a las aflicciones, de las cuales se aprovecha el enemigo para atraparnos.

Mencionamos su nombre y seremos vivificados.

David conoció de aflicciones, Job conoció de aflicciones, los profetas del Antiguo Testamento conocieron de aflicciones; los santos del Nuevo Testamento conocieron de aflicciones. En medio de ellas no perdieron la fe. Por la fe y en medio de aflicciones todos estos héroes del Antiguo y Nuevo Testamento alcanzaron buen testimonio, aunque no recibieron lo prometido, proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados a parte de nosotros (Heb. 11).

Somos de gran importancia para Dios, y esto aunque muchos no nos tengan en grande estima. Pedro nos dice “echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque el tiene cuidado de nosotros.” (1 P. 5:7)

“Menciona su nombre y libre serás, si mencionas su nombre.”

Dios te bendiga

Ministerio Evangelístico PALABRA DE RECONCILIACION

DESDE PUERTO RICO CON AMOR